CAPITULO IV.

TRES ERRORES CONTRA LA FE DE LOS CUALES DEBE PRECAVERSE A LOS JOVENES.

I. Prevenir á los jóvenes contra el error. —II. Primer error: despreciar como supersticiosas ciertas prácticas de piedad.—III. Segundo error: dejar la práctica de la Religión.—IV. Cuán perjudiciales sean los dos errores precedentes.—V. Tercer error: la indiferencia.—VI. Cómo ha de combatirse.

I

Desterrada así la ignorancia en materia de Religión, resta desterrar ó más bien alejar el error. En efecto, mientras los padres cristianos hacen toda clase de esfuerzos para imprimir un conocimiento claro de la Religión, no creamos que el enemigo común permanece ocioso. El viene á sembrar sobre su mismo trigo la zizaña que le es propia: viene, por medio de compañeros díscolos y perversos, de compañeros de vida disipada y mun-

dana, á sembrar dudas en el corazón, á extinguir el fervor de la Religión en una edad que, por ser más inexperta, resentirá mayor daño: viene, por medio, á veces, de conocidos y amigos de la familia, los cuales hablan en presencia de los niños, con poco respeto, de los objetos más santos de nuestro culto: por medio de libros, ó abiertamente perversos que tratan de destruir el culto católico, ó que, con mayor hipocresía se contentan sólo con hacerlo despreciable; viene, más ó menos directamente, con las pérfidas insinuaciones que sugiere contra la Iglesia, con el descrédito que arroja contra el sacerdocio cristiano, con el odio que inspira hacia las órdenes religiosas, con las burlas que derrama sobre todas las prácticas de piedad cristiana. De todas estas maneras y de otras muchas, se va insinuando demasiado el error, si no está uno prevenido, y el peligro empieza desde los primeros años, haciéndose después tan grande en la juventud que son hoy día raros los que la atraviesan sin naufragar. De otros medios de iniquidad que tienden á acabar con la Religión, no menos que con las buenas costumbres, hablaré más adelante; aquí os representaré tan sólo algunos lazos que más directamente se dirigen á desarraigar la Fe del corazón cristiano.

II

Nadie llega al extremo, ni en el bien ni el mal, sin pasar por diversos grados, como dice el proverbio: "Nemo re-

pente fit summus," y lo mismo debe decirse de la incredulidad, abismo en el que ninguno se precipita sin haber tenido antes otras caídas que familiarizaran y dispusieran para ello su corazón. El hecho es, sin embargo, que para combatir la fe se coligan sus enemigos retirándola todas las fuerzas que la pueden defender. En primer lugar, sin atreverse á impugnar las verdades más esenciales de la fe, atacan las prácticas que en substancia son sus efectos y deefnsas naturales. No quieren que se hable de algunas que ellos califican de simplezas, pequeñez de espíritu y supersticiones, como son los triduos y novenas que se hacen á la Virgen y á los Santos, los escapularios, las medallas y las cruces benditas que se llevan al cuello, la visita á las Imágenes sagradas, los ayunos de devoción. las penitencias exteriores de cilicios y disciplina, en una palabra, todo aquello que ellos llaman obras de supererogación. Todo eso lo desprecian, lo tachan de beaterías, de misticismo, de qué sé yo y esto como el primer paso en el camino de la perdición. Pues bien; á los padres toca resistir este primer movimiento del enemigo, si no quieren que avance. La Santa Iglesia ha aprobado, recomendado y santificado de mil maneras todos esos medios de piedad cristiana; luego son recomendables, luego se han de usar con respeto por todos los fieles. Que os oigan, pues, los hijos hablar de ellos con estimación y reverencia; que os vean usarlos en su oportunidad, para que así podáis aconsejarles que los usen ellos y vuestro consejo, acompañado del ejemplo, será seguido. Y cuando algunos pedantes digan que estas cosas empequeñecen el espíritu, respondedles: que lo que lo empequeñece, es la soberbia, la presunción y la arrogancia de querer saber más que la Iglesia. Por otra parte, la experiencia de todos los Santos, que con humildad recurrieron á esas piadosas industrias, claramente demuestra: que, así como ellas sirven para alimentar la fe, para acrecentar la confianza y para promover la humildad, así también ayudan admirablemente para dilatar el corazón y engrandecerlo.

III

Del desprecio de las obras de supererogación nace otro desorden mucho más pernicioso que consiste en abandonar las prácticas religiosas y aun este propiamente es uno de los principales errores de nuestro siglo que debe combatirse de todas maneras. Juzgan algunos, y lo proclaman: que no son necesarias las obras exteriores de la Fe, como confesarse, comulgar, oir Misa, frecuentar el Templo, observar las leyes de la Iglesia, el ayuno, la abstinencia de carnes en los días señalados al efecto, la prohibición de libros perversos y otras semejantes.

Conforme, pues, á su modo de sentir es su modo de obrar, y así se abstienen de todo eso, y viven satisfechos y contentos con una religión "tan filosófica" que honra á Dios con el corazón, como ellos dicen, y que cree hacer bastante cuando no daña al prójimo con hurtos y rapiñas,

siendo de esta calaña no pocos de los que hay en el mundo.

Aseméjanse á éstos, ciertos sujetos que, sin llegar á tanto, rechazan á su antojo lo que les conviene y así una confesión y una comunión anuales con su misa los días festivos, no las rehusan; pero ayunos, abstinencias, palabra de Dios, retiros, etc., ¡bah! todas esas son invenciones humanas á las que, dicen ellos, no pueden someterse un hombre, ó una mujer que estén á la altura de su época. Y lo maravilloso es que, en medio de tanta impiedad, si les preguntáis á qué religión pertenecen, os responderán algunos resueltamente que son católicos; tan familiar es ya entre ellos la distinción, antes apenas oída, de católicos que practican, y católicos que no practican, como si hubiese de las dos clases, y como si fuese indiferente é igualmente buena una que otra para alcanzar la salvación!

IV

Este error, que es capital, porque no sólo ataca la Fe sino que la destruye de raíz, debe ser combatido con todo el celo que proporcione á los Padres su Fe y su piedad. En primer lugar, deben descubrir esta perversidad del siglo, mostrando, con todo el horror que conviene, que lo que unos y otros se proponen con esto es desconocer la Religión revelada, abiertamente los primeros, ó implícitamente los segundos, los cuales niegan á la Iglesia la autoridad de legislar; pero que son tan católicos como pueden serlo los Episcopales de Inglaterra ó los Quákeros de América. Después, hasta donde les sea dable, con la persuasión del discurso y mucho más con la fuerza del ejemplo, han de manifestar el aprecio en que tienen todo aquello que significa cumplimiento exterior de los preceptos de la Santa Iglesia. Aun de la amenaza de los castigos debéis valeros, cuando haya omisión en las obras externas, pues si no la empleáis en esto, ¿cuándo la usaréis? En una palabra, esta es la heregía especial de nuestro siglo, por la cual tenemos en medio de las ciudades católicas una turba desenfrenada de hombres y mujeres y sobre todo de jóvenes, muchos de los cuales no viven como católicos y otros ni siquiera sienten ni creen como tales, á la vez que su doctrina y en todo caso sus costumbres y conducta son abiertamente contrarias á su fe. Antiguamente, aquellos que pecaban contra todas estas leyes, se reconocían al menos pecadores, de lo que se seguía, á veces, la enmienda de su vida y la penitencia. Hoy, los que infringen la ley, por no confesarse prevaricadores, niegan con soberbia que exista el vínculo que claramente los sujeta; de lo que resulta que á la malicia añaden la infidelidad y se cierran á sí mismos, supuesto que no reconocen el error, el camino de la penitencia y de la enmienda.

V

Y tan lejos están de reconocerlo, que muchos pasan de él á caer en otro escollo, terrible también, porque conduce á la

muerte eterna; á saber la indiferencia en materia de Religión. Habiendo abandonado su práctica, han perdido el amor hacia ella y no experimentando ya sus efectos, el conocimiento de la misma se debilita mucho en ellos: la estimación, pues, que la tengan no puede ser grande. La miran con ojos indiferentes, y de la indiferencia es facilísimo pasar al cambio de ella por otra cualquiera y si no se puede asegurar que absolutamente no quieran una Religión nos encontramos después con que les importa muy poco que sea esta más bien que aquélla. De aquí vienen esos absurdos tan llenos de impiedad "de que toda Religión es buena:" de que "un caballero no cambia de Religión; de que con tal de que se tenga probidad, poco importan las creencias: de que Dios no tiene necesidad de nuestro culto" y de otras impiedades por el estilo, igualmente diabólicas. Este error exige en primer lugar ser reconocido como tal, y en seguida rechazado y combatido con el mayor esfuerzo. Digo en primer lugar reconocido, porque el mundo lo ha cubierto con tantos velos de "honradez," de "moderación," de "discreción," que ha logrado introducirlo en ciertas familias y en ciertas inteligencias, que se espantarían si lo conociesen en toda su deformidad. Y sin embargo, lo cierto es que no hay error más monstruoso en sí mismo, ni más perjudicial en sus consecuencias, ya que si todas las religiones fueran igualmente buenas, habría sido inútil la venida de Jesucristo al mundo con su predicación, así como su vida y su muerte, ya que, aun antes de

él, había algún culto entre los hombres; é inútil también la fundación de la Iglesia con todos los medios que ella emplea paar nuestra salvación. Si todas las religiones son buenas, será lo mismo reconocer á Jesús, como Salvador, como hacen los Cristianos, ó por el contrario, desconocerlo como lo hacen los Gentiles; creerlo presente en el Sacramento, como los primeros, ó creer que quien le adora en él es un idólatra como predican los protestantes; lo mismo será practicar santas obras, como quieren los fieles, ó descuidarlas como inculcan los Luteranos; serán verdaderas á un mismo tiempo las más palmarias contradicciones las repugnancias más monstruosas, dado que fuera de la verdad católica, toda secta no hace otra cosa que condenar la doctrina de su rival, combatirla y excomulgarla.

Es sumamente perjudicial la indiferencia en sus efectos, porque cuando tiene cabida en un hombre, no sólo lo resfría en el amor y en el ejercicio de la santa Fe, sino que, además, se la arranca infaliblemente del corazón. ¿Cómo puede amar tiernamente á una esposa, quien no la diferencia de otras mujeres vulgares? ¿Cómo puede amar un hijo á aquel padre que no hace diferencia entre él y un extraño? Esta indiferencia es la ofensa más atroz que pueden uno y otro cometer, desconociendo con ella los títulos que dichas personas tienen á un amor especial pisoteando los derechos que las asisten para ser preferidas y anulando, en cuanto de ellos depende, todas las relaciones que la naturaleza ha establecido

para tales condiciones. Mas el indiferente en materia de religión, es mucho peor, porque viene á confesar con los hechos, ó que no cree que Dios haya hablado, ó que no tiene obligación de obedecer cuando El habla, pues que Jesucristo no es su Dios y Señor ni la Iglesia su Madre; con lo cual cae en una verdadera apostasía. Ya se observó con justicia, que la indiferencia en materia de Religión es el último término al cual conduce el Protestantismo; esto es, la negación de Dios, la destrucción de su culto y que si alguna vez llegase á prevalecer, como quiera que ella rompe toda liga y desenfrena toda codicia, vendría á producir el exterminio de la sociedad entera.

VI

Conocido el horrible mónstruo, se ha hecho ya bastante para alejarlo; sin embargo, será siempre útil indicar algunos medios especiales para combatirlo. La indiferencia, como la misma palabra lo dice, es carencia de amor y por esto se combate con todos los medios que señalaremos más adelante como eficaces para promover un santo amor á la Iglesia. Conviene, empero ante todo, que el entendimiento sea el que lleve la luz para romper la obscuridad en que la indiferencia se oculta y se atrinchera, ya que muchas veces las dudas acerca de la Fe, que le abren el camino, son efecto de la ignorancia respecto de los fundamentos solidísimos de nuestra creencia.

Conozcan, pues, á tiempo vuestros hijos los títulos augustos que nuestra Religión aduce para ser tenida como la única verdadera, y conózcanlos, no á manera de quien busca argumento de disputa, ni de quien aprende hechos históricos, sino del que estudia la verdad revelada por Dios para su eterna salvación. Consideren, desde su temprana edad, las profecías tan solemnes que anunciaron al Salvador con todas las circunstancias de su nacimiento, vida, predicación, pasión y muerte, los milagros tan ruidosos que se obraron para confirmarla, los innumerables mártires que la sellaron con su sangre, los Doctores tan preclaros por su ingenio que la han abrazado, ilustrado y defendido; su admirable propagación por entre los obstáculos de todo género que se le han opuesto, los evidentes castigos y las muertes horribles que encontraron la mayor parte de sus perseguidores, la sucesión no interrumpida de los Pontífices en la Cátedra de San Pedro, á pesar de las prolongadas luchas de los Césares y de los Heresiarcas, la maravillosa santidad de la doctrina que enseña y de las costumbres que informa.... todos estos motivos y otros muchos, son tan soberanos, tan poderosos, que bastaría uno solo de ellos para convencer á muchas inteligencias elevadas, acerca de la verdad católica. Y si se les han explicado, enseñado é inculcado en buen tiempo, se llegará á establecer un fundamento tan sólido y á engendrar una convicción tan profunda en esos espíritus, que ciertamente no vacilarán ya ante ningún sofisma. Los incré-

dúlos del siglo pasado (1) casi todos en su lecho de muerte, dieron señales de arrepentimiento, cuando los del nuestro mueren á manera de bestias. ¿De qué proviene la diferencia? De que aquellos habían recibido todavía una educación cristiana, y á pesar de cuanto habían hecho para destruir en sí mismos la Fe, no pudieron acabar del todo en sus inteligencias con las razones tan claras y tan ardientes que aprendieran en su niñez, mientras que los incrédulos de nuestros días, no conociendo siquiera el fundamento de la Fe que niegan, están privados de aquellos principios sobre los cuales, obrando la gracia, despierta aquélla los remordimientos y los terrores que son el principio de la salvación: ¡tan perjudicial es la ignorancia en materia de Religión!

Además, sirve para rechazar la indiferencia, no dejar pasar, sin una reprensión enérgica, las máximas en que pretende fundarse. No es mi ánimo refutarlas aquí detenidamente; pero sí os pondré á vosotros en camino de hacerlo. **"Toda Religión es buena, dicen estos impíos;"** luego también lo será el culto de los Gentiles, de los Budhistas, de los Mahometanos, de las islas de Sandwisch, y por lo tanto, será bueno adorar á sus ídolos, sacrificar en su honor á las propias esposas é hijos y llevar una vida conforme á los preceptos de tales sectas. **"Un caballero no cambia de Religión."** Bueno, y entonces la norma de la Fe será, no ya Dios y la verdad, sino la tierra y los antepasados, de donde traemos nuestro origen; de lo que se sigue, que el caballero turco, no dejará las inmundicias de Mahoma; el caballero judío perseguirá á Jesucristo; el caballero persa adorará al Sol, y así sucesivamente, supuesto que, si el principio es bueno, debe también valer para ellos. Que esto lo diga un católico se comprende: tiene siglos de prodigios que lo confirman en su Fe, la flor de todos los ingenios que lo fortalece; tiene tantos argumentos en su favor, que sin renunciar primero á su razón, no le es posible dejar de admitirla; pero que una secta nacida ayer, dividida ya hoy dentro de sí misma, desmembrada, desmenuzada hasta lo infinito, con creencias inicuas, absurdas y contradictorias, proclame que no se ha de cambiar de Religión, aun cuando se conozca ser falsa la que se tiene, esto no es solamente una impiedad increíble, sino una verdadera insensatez. **"Con tal que uno sea honrado, poco importan sus creencias."** Esto, para quien lo entienda vale tanto como decir: con tal que uno sea bueno, poco importa que sea un malvado, ya que, ¿cómo es posible ser honrado, faltando tan gravemente á la fidelidad que á Dios se debe? Y no es la mayor de las iniquidades no creer en Dios, después de que El ha hablado ó no creer que haya hablado cuando de ello ha dado todo género de pruebas? No es una injuria atrocísima á Nuestro Señor formar de El conceptos indignos y no prestarle aquel especial homenaje que ha ma-

(1) El siglo XVIII, pues hay que tener en cuenta que el autor escribió esta obra á fines del siglo XIX.—N. del T.

nifestado deseo de que le rindamos? ¡Y presumir nosotros que Dios se ha de contentar con lo que queramos ofrecerle! ¿Qué pensaríamos de un siervo que dijese á su Señor: con tal que yo no robe, con tal que yo no mate, no tenéis derecho de exigir de mí ulteriores servicios? **"Dios no tiene necesidad de nuestro culto."** Ciertísimo; pero nosotros sí tenemos necesidad de rendírselo, porque debemos obedecerlo, reconocer su Majestad, darle gracias por sus beneficios, satisfacerle por nuestras culpas é invocarlo para obtener gracias, y nada podemos hacer sin El, en cuanto á que no podemos ser independientes de El. Basta, empero, esto poco que he dicho, más para indicar el modo de resistir á los indiferentes, que para refutarlos. Vuestra piedad hacia Dios, vuestro amor á la santa Fe y hasta el cariño para con vuestros hijos, os servirán de guía, así para descubrir el error, apenas se presente, como para confundirlo y rebatirlo con hábiles respuestas.

CAPITULO V.

DE OTROS DOS ERRORES CONTRA LOS CUALES HAY QUE PREVENIR A LA JUVENTUD.

Cuarto error: tratar sin precaución con los Heterodoxos. — Precauciones especiales contra los Protestantes. — Quinto error: despreciar á la Santa Iglesia.—Manera de oponerse á sus enemigos.—Observancia de las leyes eclesiásticas.— Promover el amor á la Iglesia.—Amor al Papa.

I

Otro escollo, finalmente, de nuestra época consiste en la unión tan estrecha que se tiene con los Heterodoxos, y que conduce no sólo á estimar, más de lo justo y fuera de lo que se debe, todo lo que es Protestante, sino que llegan algunos con tontísima vanidad hasta desear su compañía para aparecer, según ellos dicen, como despreocupados. Ahora bien, si la caridad de Jesucristo debe ciertamente estimularnos á amar aún los in-